

radiante aureola se abre en las gemas, y sobre el vil pantano, como resplandor del cielo, flota eterno fuego fatuo en la cloaca de sangre.

* *

Siempre al mismo fin conduce al mismo destino. Existe en lo más profundo de la historia humana un abismo en el que sucesivamente van cayendo todos los que gozan de la luz del día, los buenos, los puros, los grandes, los divinos, los célebres, antorchas cuyas llamas desmelenan el soplo de las tinieblas. En ese abismo cayeron Dante, Sócrates, Escipión, Milton, Morus y Esquilo, llevando palmas movedizas en las manos; de esa noche vieron salir sus recuerdos y cernerse en el espacio; no fueron completos hasta que hubieron caído. Desde el destierro de Aristides hasta la hoguera de Juan Huss, la humanidad

pensativa medita deslumbrada ante el abismo de los grandes hombres. Sólo a ti son comparables, ¡oh sol!; su gloria es tu ocaso; son comparables a ti, ¡oh Niágara! cuyas olas rugen y luchan, y son más hermosas cuando caen.

*

* *

Uno de los que ataron a Jesús a la columna y que sobre sus hombros desnudos echó un miserable manto, arrancó de la frente serena del Redentor un puñado de cabellos que el sudor bañaba, y se marchó diciendo: — «Voy a mostrar esto a Caifás.» Y crispando el rústico puño, salió de allí. Era de noche y la calle estaba oscura; el sayón caminaba, pero bruscamente se paró, y estupefacto, lívido, como si le asaltara una visión, vió con espanto que tenía en la mano un haz de rayos.

Bosque de Compiègne, junio de 1837.

LIBRO SEGUNDO

EL ALMA EN FLOR

I

PRIMER DÍA DE MAYO

Todo conjuga el verbo amar. Llegó la estación de las rosas; no estoy en disposición de hablar de otras cosas: estamos en el primer día de mayo. El amor alegre, ardiente y celoso, arranca suspiros a los bosques, a los nidos y a

las flores; el árbol, en cuya corteza escribí unas palabras el otoño pasado, las repite por cuenta suya, creyendo que lo improvisa; la atmósfera embalsamada y suave parece que esté llena de las declaraciones que la llanura hace a la primavera y que el herbaje enamorado eleva al cielo sin nubes. A cada paso que da luz del día por el espacio azul de la campiña, admirada y complacida prodiga sus aromas, y con la tibia brisa envía a los renuevos sus besos perfumados.

mados. En los ribazos, los estanques, las praderas y hasta los mismos surcos, en todas partes fórmanse manchas de todos los colores; y la naturaleza, esparciendo sus aromas, conserva las flores, como si sus suspiros y las dulces miradas que dirige al mes de mayo, que sonríe en las lascivas ramas, hubiesen dejado sus huellas en hojas de papel secante.

*

* *

Los pájaros de los bosques, con ardiente voz, dirigen sus tríos y sus rondos a las hadas; toda la naturaleza parece que confía a la sombra un delicioso secreto; todo ama en ella y todo lo confiesa en voz baja; parece que en el Norte, en el Sur, en el Oriente y en el Poniente, la llanura florida, los arroyuelos murmuradores, los montes y las colinas, toda la naturaleza, en fin, repite una canción de amor a los cuatro vientos del globo.

Saint-Germain, 1.º de mayo de 18...

II

Mis versos llegarían dulces y ligeros hasta vuestro hermoso jardín, si mis versos tuvieran alas como los pájaros.

*

* *

Volarían brillantes como chispas hasta vuestro hogar, que chisporrotea, si mis versos tuvieran alas como el espíritu.

*

* *

Hasta donde vos estáis, puros y fieles, correrían siempre noche y día, si mis versos tuvieran alas como el amor.

París, marzo de 18...

III

EL TORNO DE HILAR DE OMFALA

Se ve en el atrio el hermoso torno de mármol; su rueda ágil es blanca y la rueca es negra; la rueca es de ébano incrustada de lapislázuli. Está en el atrio sobre un rico tapiz.

*

* *

Un obrero de Egipto ha esculpido en el plinto a la Europa, de la que un dios se niega a consolar la aflicción. Un toro blanco la arrastra. Europa, perdida la esperanza, lanza un grito, y al bajar los ojos se espanta, viendo que el Océano monstruoso le besa los rosados pies.

*

* *

Un montón de agujas, de hilo, de cañas medio cerradas, de lanas de Mileto, teñidas de púrpura y de oro, llenan un cesto grande, que está cerca del torno que duerme.

*

* *

Entretanto, en el fondo del palacio, odiosos, terribles, enormes, veinte fantasmas disformes y espantosos, veinte

monstruos sangrientos que se ven confusamente, vagan alrededor del dormido torno.

veo y me causáis tristeza y alegría; si queréis que me vaya, ¿por qué venís aquí?

*
* *

El león nemeo, la terrible hidra de Lerma, Caco, el temible bandido, el triple Geryón y los typhones de las aguas, que por la noche soplan horrosamente entre los cañaverales; todos vagan por allí con aire terrible, dando vueltas alrededor del torno, del que pende un hilo ligero, atado, en el que se fijan de lejos en la obscuridad los abatidos ojos.

Junio de 18...

IV

CANCIÓN

¿Si no tenéis nada que decirme, por qué venís a mí? ¿Por qué me dirigís esa sonrisa que trastornaría la cabeza de un rey, si no tenéis nada que decirme? ¿Por qué venís a mí?

*
* *

¿Si nada tenéis que comunicarme, por qué me estrecháis la mano? ¿Si de aquel pensamiento cariñoso que os sonreía al venir aquí nada tenéis que comunicarme, por qué me estrecháis la mano?

*
* *

¿Si deseáis que me vaya, por qué vos venís aquí? Me estremezco cuando os

veo y me causáis tristeza y alegría; si queréis que me vaya, ¿por qué venís aquí?

Mayo de 18...

V

AL ANOCHECER

Ayer, el viento acariciador del crepúsculo traía hasta nosotros el aroma de las flores que se abren tardíamente: caía la noche; los pájaros dormían en las espesas sombras. La primavera me perfumaba menos que vuestra juventud; los astros brillaban menos que vuestras miradas.

*
* *

Yo hablaba en voz baja en aquella hora solemne en que el alma canta su himno más tierno. Viendo la noche tan pura y contemplándoos tan bella, dije a las estrellas: — «¡Verted en ella la pureza del cielo!», y dije a vuestros ojos: — «¡Verter el amor en mi corazón!»

Mayo de 18...

VI

CARTA

Ve lo que hay aquí. Un terreno escabroso que innumerables surcos cruzan en todas direcciones; chozas a flor de tierra, disimuladas por la maleza, alguna que otra hacina de gavillas de hierba sobre la yerba; viejos techos humedecidos en el paisaje gris; un río que no

ciertamente el Ganges ni el Caystre, pobre de agua enturbiada por las sales marinas; a derecha, hacia el norte, curiosos terrenos llenos de ángulos que parecen labrados a pelladas. Una vieja capilla que mezcla sus agujas con los olmos que a sus lados se elevan, tortuosos, irritados, como si les molestase el jugueteo del céfiro y protestan contra el viento que los sacude. Un grueso carrretón se enmohece en un ángulo del patio de mi casa y ante mi vista el vasto horizonte cuyas escotaduras llevan las azuladas aguas del mar. Los gallos y las gallinas, ostentando su dorado plumaje, cacarean y platican debajo de mi ventana, y en los desvanes se oyen de vez en cuando canciones en dialecto. En mi alameda trabaja un venerable cordelero, que camina hacia atrás, con la cintura ceñida de cáñamo y haciendo girar con estrépito su rueda. Me agrada pasar a todas horas; los aldeanitos, con sus libros en la mano, me envían a casa del maestro de escuela, donde me alojo, como a un grandullón escolar que abusa de un permiso. El cielo ríe, el aire es puro; cada día, bajo mi habitación, oigo el dulce ruido de los niños que recitan sus lecciones en voz alta.

El agua corre; un verderol pasa, y yo digo: ¡Gracias! ¡Gracias, Dios todopoderoso! Así vivo; así, apacibles, hora tras hora, con poco ruido, se deslizan mis días. Oigo la alegre charla de los niños, y a veces veo en plena mar, sobre los techos de la tranquila aldea, pasar gallardamente alguna nave alada que hace un largo viaje, y huye por el Océano, acosada por todos los vientos; una nave que poco antes dormitaba en el puerto, a lo largo del muelle, y que no han podido retener lejos de las celo-

sas olas ni las lágrimas de los padres, ni el terror de las esposas, ni las sombras de los escollos reflejados en las aguas, ni la importuna aparición de siniestras aves.

Treport, junio de 18...

VII

Iba algunas veces con ella al huerto a coger cerezas. Ella se subía a los árboles, llevando descubiertos los brazos blancos de mármol de Paros, y con su peso doblaba las ramas. El viento agitaba las hojas, y a la luz del sol se destacaba su hechicera garganta. Con sus pequeños dedos cogía la fruta roja. Yo también subí al árbol, y ella, al notar que me enseñaba la pierna descubierta, me dijo ruborosa: — «¡No midan estas ondas en que los grandes vientos se pierden. Los campos me invitan a pasear a todas horas; los aldeanitos, con sus libros en la mano, me envían a casa del maestro de escuela, donde me alojo, como a un grandullón escolar que abusa de un permiso. El cielo ríe, el aire es puro; cada día, bajo mi habitación, oigo el dulce ruido de los niños que recitan sus lecciones en voz alta. El agua corre; un verderol pasa, y yo digo: ¡Gracias! ¡Gracias, Dios todopoderoso! Así vivo; así, apacibles, hora tras hora, con poco ruido, se deslizan mis días. Oigo la alegre charla de los niños, y a veces veo en plena mar, sobre los techos de la tranquila aldea, pasar gallardamente alguna nave alada que hace un largo viaje, y huye por el Océano, acosada por todos los vientos; una nave que poco antes dormitaba en el puerto, a lo largo del muelle, y que no han podido retener lejos de las celo-

Friel, julio de 18...

VIII

Puedes, a tu placer, hacer de mí un joven o un viejo. Como el sol hace sereno o lluvioso el éter que dora con su claridad, tú puedes llenarme de brumas o inundarme de auroras. Es tan puro tu esplendor, que pareces una mujer encerrada en un lirio unas veces, y en otras, los ojos deslumbrados que creen ver tu alma, se figuran que eres un lirio encerrado en una mujer. Cuando me

sonríes, me llenas de júbilo; cuando me acaricias con tus amorosas miradas, me quedo orgulloso, creo que soy un grande hombre; tus pupilas, envolviéndome en luz, me transfiguran, y creo que destello el reflejo de tus propias miradas; disipas todos mis pesares y haces reverdecer perpetuamente mi juventud. Pero cuando llegan esos instantes en que tu corazón injusto me desconoce; cuando veo que algo frío por tus miradas de fuego pasa como pasa una nube por el cielo, siento que la pena se apodera de mí, y cansado, sombrío y triste como un anciano, me parece que se lanza sobre mí de pronto el viejo diciembre; se me figura que la frente se me arruga de súbito. Cuando estoy alegre, creo tener veinticinco años, y cuando estoy triste, me figuro que tengo sesenta.

París, junio de 18...

IX

OYENDO A LOS PÁJAROS

Cuando hayáis terminado de charlar sobre las ramas o a la orilla del agua, pajarillos, tendremos una explicación y os expondré mis quejas. Pajarillos, sabed que os conozco a todos y que os entiendo. Sabed, escondidos tenores, que no me engañan vuestra melodía ni vuestro lenguaje. La que yo amo está lejos de aquí y en mí piensa; apuesto lo que quieras, canoro ruiseñor, que tu canto expresa los sentimientos de su alma. Espiáis los suspiros del hombre y de la mujer, cuando amamos y cuando vencemos. Cuando nuestro espíritu en voz baja se exhala en cánticos difíciles de oír, vosotros, pajarillos, atentos y ocultos en los bosques infranquea-

bles, recogéis al vuelo las invisibles estrofas de esos cánticos, y las repetís en voz alta como si vosotros las hubierais inventado, y las acompañáis para hacerlas más melodiosas con el batimiento de vuestras alas; cantáis tan bien, que el negro abeto dice en voz queda a los tilos:—«¡Han estado inspirados al inventar esos deliciosos cantos!» Y el agua, que se estremece al oír el canto que la desflora, besa sollozando al sauce que se inclina sobre ella, y el tronco duro del árbol se enternece y el gavilán se queda arrobado, no acordándose de cazar a la perdiz, y los lobos van a buscar llenos de amor a las lobas. Amor, cuando te refugiaste en nuestros corazones, los pájaros te sacaron de allí; son plagios tuyos los cantos que el ruiseñor aprende de las frescas bocas de las beldades, y con los cuales logran que los bosques encorven las copas de sus árboles, y que el entusiasmo haga inclinar a los pesados peñascos sin que sepan distinguir en sus extraños desvaríos la lengua de los pájaros de la lengua de los ángeles.

Cauderec, septiembre de 183...

X

Estrechaba en mis brazos tu talle esbelto como flexible caña, y tu pecho palpitaba como ala de tierno pajarillo.

Mucho tiempo arrobados contemplábamos los últimos resplandores del crepúsculo. ¿Qué pasaba entretanto en vuestras almas? ¡Amor, amor!

serían bocas abiertas, para no decir nada.

¡Como un ángel que se alza el velo, me mirabas en la noche de mi vida, con esa tu hermosa mirada de estrella que me deslumbra!

Foret de Fontainebleau, julio de 18...

XI

Las mujeres han venido al mundo para idealizarlo todo; el universo es un misterio que comenta sus besos.

El amor es el que abarca ondas, tierra y firmamento, y de él toda la naturaleza no es en el fondo más que su adorno.

Todo lo que brilla ofrece al alma sus perfumes o sus colores; si Dios no hubiera creado a la mujer, no hubiera hecho nacer la flor.

¿Para qué servirían vuestras luces, zafiros, si no las contemplasen ojos divinos? Los diamantes sin las beldades sólo serían guijarros.

Y en sus plantas, sobre los verdes tallos, las rosas que duermen de pie sólo

Todo objeto que encanta o que deslumbra adquiere su claridad de las mujeres; la perla brillante, si no hubiera existido Eva, si no existieras tú, no tendría ningún valor.

París, abril de 18...

XII

ÉGLOGA

Vagamos ella y yo por las montañas de Sicilia; ella, que es orgullosa con todos, sólo es dócil conmigo. El cielo y nuestros pensamientos brillan a la vez. ¡Qué tiernos son los corazones en los lugares desiertos! ¡Cuántas flores se abren en los matorrales y cuántos besos brillan en las bocas en la sombra de los bosques!

Semejantes a dos pájaros que vuelan de cima en cima, llegamos sin pensar hasta el borde de un abismo; ella se atrevió a acercarse a él, y aunque muchas espinas punzaban sus blancas manos, inclinados y sostenidos en las ramas, tratamos de ver el fondo obscuro y lúgubre de aquella sima.

En aquellos momentos, un titán cenitario, que el rayo había aterrado, rodaba y se retorció hasta las profundida-

des de aquel abismo donde la luz no penetraba, y enjambres de buitres, atraídos por el estrépito de aquella espantosa caída, empezaban a devorarlo.

*
* *

Entonces ella me dijo:—«Temo que nos vean; busquemos una cueva donde podamos ocultar nuestra alegría y nuestro amor; podríamos perecer como ese pobre gigante, porque tal vez los dioses, que le envidiaban, le hicieron desaparecer, y así como envidiaron su grandeza, podrían envidiar también nuestro amor.»

Septiembre de 18...

XIII

¡Ven! Invisible flauta suspira en los vergeles. La canción más dulce es la canción de los pastores.

*
* *

El viento que sopla por debajo de las cenizas riza el espejo de las aguas. La canción más alegre es la canción de los pájaros.

*
* *

Que nada te aflija ni te atormente. ¡Amémonos, amémonos siempre! La canción más hechicera es la canción de los amores.

Les Metz, agosto de 18...

XIV

CARTA DE LA MAÑANA

Si los lazos que ligan a los corazones no son mentirosos, debería haber disfrutado de deliciosos sueños, porque yo he estado soñando contigo toda la noche. ¡Y nos amamos tanto! Tú me dices siempre:—«Todo huye, todo se va y todo se borra para mí, pero tu imagen permanece.» Debíamos haber muerto durante aquel sueño celestial, en el que nos parecía estar ya en el paraíso. ¡Oh, sí, debíamos haber muerto, porque cada uno de nosotros había adquirido la forma de nuestras dos almas. Todo lo que en el mundo amamos el uno en el otro, componía nuestro cuerpo de llamas y de rayos, y, naturalmente, nos reconocimos. Nos iluminaba una luz de aurora; la luz sonora cantaba, y nosotros entonábamos amorosas canciones. Tú me decías:—«¡Escucha!» y yo respondía:—«¡Contempla!» De sueño tan delicioso tú te acuerdas y yo no me olvido. Nosotros dos reuníamos todo lo que en el mundo nos había parecido bueno, justo, grande, inefable y sublime; las miradas y los rayos, las sonrisas de la aurora y el perfume de las rosas; el sol era el nido donde nuestras alas se posaban; el infinito era para nosotros la esfera en que flotábamos, la eternidad era nuestra edad y el amor nuestro Dios.

París, junio de 18...

labra, mi enamorado corazón se entristece, y para que vuelva a alegrarme necesito que de vez en cuando me mires.»

París, noviembre de 18...

XV

PALABRAS DICHAS EN LA OBSCURIDAD

Ella me decía:—«Tienes razón; hago mal en desear algo mejor; así pasamos las horas dulcemente; estás a mi lado, y mis ojos no dejan de fijarse en los tuyos, en los que veo ir y venir tus pensamientos.»

*
* *

«Verte para mí es una dicha, pero no la gozo completa, porque no puede ser constante. Estoy en vela porque sé cuánto te desagrada que alguien vaya a llamar a tu puerta.»

*
* *

«Me encuentro siempre muy pequeña a tu lado; tú eres mi león y yo soy tu paloma; gozo mirando tus papeles, viendo cómo escribes en ellos y recojo del suelo la pluma que te cae.»

*
* *

«No tengo dudas de que te poseo, sé que te estoy mirando. El pensamiento es un vino que embriaga a los soñadores, ya lo sé; y no obstante, quisiera que pensaras siempre en mí cuando pasas la noche inclinado sobre tus libros.»

*
* *

«Cuando te veo una noche entera sin levantar la cabeza y sin dirigirme la pa-

XVI

La golondrina busca en la primavera las torres ruinosas que el hombre ha abandonado, pero que la vida no abandona; la curruca busca en abril, ¡oh amor mío!, de la sombría selva el fresco y espeso ramaje, el musgo, y en los nudos de las ramas los móviles toldos que las hojas de los bosques apiñándose forman. Eso hace ese pájaro. Nosotros buscamos en la ciudad un rincón desierto, un refugio tranquilo y solitario, al que no lleguen las miradas oblicuas y burlones, la calle que tiene cerradas las ventanas; y cuando salimos al campo buscamos los senderos que recorren los pastores y los poetas; en los bosques buscamos los claros, desconocidos y mudos, en los que se apagan los ruidos lejanos y sordos. Los pájaros esconden sus nidos y nosotros escondemos nuestros amores.

Fontainebleau, junio de 18...

XVII

BAJO LOS ÁRBOLES

Caminaban los dos el uno al lado del otro; alegres danzas sonaban en el bosque; ellos caminaban, deteniéndose, hablándose, interrumpiéndose, y durante las pausas de la conversación callaban las bocas y cuchicheaban las almas.

*
**

Iban pensativos; sus dos corazones, inclinados ante la sonrisa inocente de la creación, gota a gota se vertían el uno en el otro, diciendo a cada flor algo al pasar.

*
**

Ella conocía los nombres de todas las flores que encontraba; las nombraba a medida que tropezaba con ellas, como hubiera podido hacerlo una abeja, y después, volviéndose hacia él, decía:— «Hablemos de nuestros amores.»

*
**

Cuando bajaban, lo mismo que cuando subían, se contemplaban arrobados, preguntándole él cómo se llamaba cada flor y ella explicándole palabra por palabra la primavera.

*
**

¡ Oh, bosques! ¡ Oh, prados! Contemplando vuestras flores al lado de una mujer, el alma se extasía. ¡ El aroma de las flores constituye vuestra alma y el alma de la mujer es vuestro mejor aroma!

*
**

La noche se aproximaba: en el tronco de una encina él se apoyaba pensativo, y ella decía:— «Siempre mi ple-

garia se eleva a los cielos como un astro, y mi amor se postra a tus pies como un perro.»

Junio de 1839.

XVIII

Yo bien sé que en todas partes se tiene por sabio al hombre que aplaude las grandezas siniestras, las espadas, los héroes, la gloria guerrera; que admira las conquistas de la espada y de la fortuna; que aplaude ese carro, cuyas ruedas son Pompeyo y César; que celebra a Farsalia y a Trasimene y las cenizas de los cuerpos humanos, que los Neronos hacen volar soplando con sus clarines.

*
**

Sé que es costumbre adorar a esos pigmeos gigantes, que porque echan espuma se figuran que son Océanos; sé que al mundo entusiasmo el polvo que levantan; sé que el mundo se enamora de las pirámides de piedra y de los aludes que hacen ruido; pero yo prefiero fuentes diáfanas, arroyos límpidos, y al Dios de los grandes capitanes, el Dios de los diminutos pájaros.

*
**

Angel mío, en las sombras donde amándonos brillamos, al Dios de los espantosos huracanes que arrastra a los ejércitos y a los cañones que lanzan fuego y humo, prefiero el Dios misericordioso. El Dios que venera el que ama, que escribe en el corazón del amante el primer verso del poema y el

último en el firmamento; que piensa en las alas que reposan, en los huevos blancos, en el asustado nido; que piensa si la codorniz tendrá musgo y si el tordo tendrá trigo; que pone para los Orfeos, inmenso y sutil, todas las delicias del mundo de las hadas, en los verdes campos de abril. Y todo esto de tal modo que se esparce y se dispersa en la primavera y una vaga aureola sale de los nidos parleros.

*
**

Así, pues, aunque nuestra gloria brille en las creaciones humanas y en la grandeza de la historia; aunque poseamos panteones, torres, palacios, grandes pensamientos y tumbas colosales, todo eso nada sería para el hombre que vive un solo día, si Dios nos privase de las flores, si Dios nos privase del amor.

Chelles, septiembre de 18...

XIX

NO ENVIDIEMOS NADA

Mujer de amoroso pensamiento y de corazón oprimido, que encuentras que las flores son hermosas y deliciosos los pájaros; que envidias la miel y la seda de los pétalos de las flores y el vuelo de las aves; beldad soberbia que me dices, mirando sucesivamente a la hierba de los campos y a la esfera infinita:— «Esas existencias son dichosas, esas existencias son poéticas; sobre la flor brillante y olorosa se cierne el pájaro; comparados con vosotros, lirios y alondras, ¿qué valen en el mundo el genio y la belleza? Flor pura, ave ligera, me-

¡ Oh, es vuestra vida; ambas sobrepujáis a Virgilio y a Licoris. ¡ Qué alto es vuestro vuelo, qué suave vuestro perfume! » Diciéndome esto, lágrimas caen de tus negras pestañas. Admira la golondrina, admira las campiñas, pero no las enviadas, hermosa mía, porque cuando nuestros ramos ascenderemos al éter puro, y la mujer allí será luz y azul el hombre; y las rosas no son tan bellas como las huríes, y los pájaros tienen alas menos ligeras que los espíritus.

Agosto de 18...

XX

HACE FRÍO

El invierno blanquea los caminos. Estos días son propicios a los malvados. El viento norte muerde tus lindas manos; el odio sopla sobre tu alegría. Sopla el helado aliento del cierzo.

*
**

La nieve cae en espesos copos. La claridad del día disminuye; cierra la puerta a los aquilones; cierra las ventanas a las nubes.

*
**

Después deja el corazón abierto. El corazón es la ventana santa. Espesa bruma cubre el sol; pero Dios brilla para los seres.

*
**

Duda de la felicidad, fruto mortal; duda del hombre, que es envidioso; du-

da del sacerdote y del altar, pero cree
en el amor, vida mía.

*
**

Cree en el amor, que brilla bajo todos
los velos; cree en el amor, que es tizón
del hogar; cree en el amor, que es el
brillo de las estrellas.

*
**

Ama y no desesperes nunca. En tu
alma, en la que yo penetro algunas ve-
ces, en la que mis versos cuchichean en
voz baja, deja cada cosa en su sitio.

*
**

Deja en ella la fidelidad continua, la
paz que dan las altas virtudes y la in-
dulgencia para los demás, esponja de
las culpas lavadas.

*
**

Todo es hermoso en tu pensamiento;
que nada caiga de él ni retroceda; haz
que tu amor te sirva de antorcha y es-
clarécele con lo que arde.

*
**

A los demonios de la enemistad opon-
les tu tranquila dulzura, y devuélveles
en bondad el odio que contra ti vomitan.

*
**

El odio es el invierno del corazón.
Compadece a los que odian. Pero con-
serva el valor, conserva tu vencedora
sonrisa. ¡ Hermoso arco iris, surgido en
la tempestad!

*
**

Conserva tu amor eterno. El sol no
pierde su luz cuando llega el invierno;
Dios no le retira del cielo; no le retira
tú tampoco de tu alma.

31 de diciembre de 18...

XI

El le decía:—«Si pudiésemos ambos,
con la fe en el alma y el amor en el co-
razón, ebrios de dulce éxtasis y de me-
lancolía, romper los innumerables la-
zos con que nos ata la ciudad; si pu-
diéramos abandonar a este loco París,
huiríamos de él, iríamos a cualquier
parte, adonde quisiéramos, a buscar, le-
jos de los odios ruidosos, un rincón del
mundo, en el que hubiera árboles y
musgo, una casita rodeada de flores, so-
ledad, silencio, cielo azul, sombra y el
canto de un pájaro que se posase en el
alero, ¿para qué necesitábamos más?»

Julio de 18..

XXII

Amemos toda la vida, amemos siem-
pre; cuando el amor se va, la esperanza
huye. El amor es la claridad de

aurora, el amor es el himno de la no-
che.

*
**

Lo que las olas dicen a las playas,
los vientos a los montes, y los astros a
las nubes, es esta palabra inefable:
«Amemos!»

*
**

El amor hace soñar, vivir y creer.
Posee para calentar el corazón un rayo
de luz más potente que la gloria, y este
rayo se llama la felicidad.

*
**

Ama, que, elogiados o mordidos, ama-
ron siempre los grandes corazones; casa
la juventud de tu alma con la juventud
de tu frente.

*
**

Ama a fin de pasar horas felices, y
para que brille en tus hermosos ojos la
misteriosa sonrisa de las voluptuosida-
des interiores.

*
**

Amémonos más cada día; unámonos
más cada momento, y como en los ár-
boles crecen hojas, que en nuestras al-
mas crezca el amor.

*
**

Seamos el espejo y la imagen, la flor
y el perfume; seamos los amantes que,
solos en la espesura, se sienten dos y
no son más que uno.

*
**

Los poetas buscan a las hermosas, y
la mujer, que es el ángel que otorga
castos favores, gusta de refrescar bajo
sus alas las frentes encendidas de los
soñadores.

*
**

Venid a nosotros, inefables bellezas;
ven a mí, mi bien, mi tesoro, mi ley;
ven a mí cuando cantes, ven a mí cuan-
do llores.

*
**

Nosotros únicamente comprendemos
vuestros éxtasis, porque nuestro espíri-
tu no es burlón; los poetas son las co-
pas donde las mujeres vierten sus cora-
zones.

*
**

Yo que sólo busco en el mundo esta
única realidad; yo que dejo huir de mí
todas las vanidades,

XXIII

Prefiero, a los goces que embriagan el orgullo del soldado y el del rey, la sombra que proyectas en mi libro cuando te inclinas hacia mí.

*
**

Todas las otras ambiciones que se encienden en el fuego de nuestro espíritu se extienden convertidas en ceniza o en humo y nada resta de ellas.

*
**

Todos los placeres son flores que apenas se abren en nuestro abril, se deshojan y mueren, lirios, mirtos o rosas, diciendo: ¡Todo acabó!

*
**

Sólo el amor permanece. Mujer querida, si deseas en el mundo conservar la fe, conservar el alma y conservar a Dios, conserva el amor.

*
**

Conserva sin temor en el alma, aunque te haga sufrir y llorar, esa llama que no puede extinguirse, esa flor que no puede morir.

Mayo de 18...

DESPUÉS DEL INVIERNO

Todo renace, mi bien amada; el cielo obscuro pierde su palidez; cuando la tierra se perfuma con el aroma de las flores, es mejor el corazón del hombre.

*
**

En las alturas donde el amor se desborda, y en el mundo donde muere el dolor, la claridad de la misma luz ilumina al sol y a las flores.

*
**

Ya huyó el invierno, esa estación triste; abril encapotado y misterioso, en el que circula la áspera savia de las lágrimas, que desde el corazón sube hasta los ojos.

*
**

Ya acabó el tiempo de sufrir y de llorar. ¿Quieres venir conmigo a la soledad? ¿Quieres que nos adoremos?

*
**

Las ramas de los árboles, que el sol dora, se inclinan para abrigar a los polluelos que van a abrirse y a los pájaros que van a cantar.

ama, nos mece y confunde sus misterios con nuestro amor.

*
**

La aurora del primer día que nos amamos, parece que renace, y el mes de mayo sonríe a nuestras almas como sonríe a los cielos.

*
**

Se oye reír, se ven brillar todos los seres alternativamente; por la noche zumban los astros y de día las abejas.

*
**

Por todas partes nos miran alegres, y así en la hierba como en los nidos, oímos voces imperceptibles que exclaman:—«¡Dichosos los que se aman!»

*
**

El céfiro blando nos embriaga y tú reposas en mi regazo. ¡Cuántas rosas tienen los rosales! ¡Cuántos suspiros hay en los corazones!

*
**

Como la aurora, me fascina tu belleza, y veo en tus labios y en tus ojos, cuando lloras, lágrimas, y perlas cuando te ríes.

*
**

La naturaleza, que es la hermana gemela de Adán, de Eva y del día, nos

LOS CASTIGOS.—11

En cuanto apareces, el cielo te contempla y te adora, y la deliciosa sombra nos devuelve nuestras caricias.

*
**

Siendo nosotros mismos aromas y claridades, bañamos nuestros corazones felices en los supremos efluvios de los enamorados elementos.

*
**

Y sin que nada te inquiete, sin que esto me atormente, pasión, yo estoy enamorado de una estrella, y sé que el sol es tu amante.

*
**

Y comunicamos nuestra fiebre ardiente a las flores que llevamos a nuestros labios, al par que nuestros labios sienten los calurosos besos de los rayos solares.

Junio de 18...

XXIV

Cualquiera que sea vuestra suerte, sed siempre digna; que vuestro mañana sea tan feliz como vuestro ayer; que nunca os descorazonéis amargamente, que nunca sufráis el disgusto

que acompaña al sacrificio, que nunca sobre vuestra frente pálida caiga esa ceniza que sacuden las frías alas del olvido.

*
**

Dejad que brillen por vos, mujer a quien amo, los cantos que brotan de mi alma; vivid para la naturaleza, para el cielo, para mí mismo; después de haber sufrido, amad. Dejad que penetre en vos, después de nuestra noche fúnebre, la aurora, hija de la noche, el amor, hijo de los dolores, y todo lo que brilla en las tinieblas y todo lo que sonríe entre el llanto.

Octubre de 18...

XXV

Respiro donde tú palpitas, lo sabes bien; ¿para qué he de permanecer aquí si tú te alejas, para qué he de vivir si tu te vas?

*
**

¿Para qué he de vivir siendo la sombra del ángel que huye, para qué he de vivir si bajo un cielo sombrío siempre ha de ser noche para mí?

*
**

Soy la flor de las murallas y tú eres el abril que la hace brillar: basta que tú te vayas para que yo muera.

*
**

Tú me envuelves en aureolas; eres mi único sol; basta que tú te vuelas para que yo me vuele también.

*
**

Si partes, quedaré tan triste, que mi alma se remontará al cielo: sólo tu mano blanca puede aprisionar este pájaro salvaje.

*
**

¿Qué quieres tú que yo sea, separado de ti eternamente? ¿Es tu vida es la mía la que se va? No lo sé.

*
**

Quando mi valor sucumbe, tu corazón puro me lo hace recobrar; lo libera en él, como la paloma que bebe el agua clara de un lago azul.

*
**

El amor hace comprender al alma todas las maravillas del universo; el amor es la única luz que alumbra el infinito.

*
**

Sin ti, para mí es la naturaleza un desierto, en el que vagaría a la ventura pálida no siendo amado.

*
**

Sin ti, para mí todo se deshoja y desaparece; la tristeza oscurece mi semblante; sería para mí una fiesta un funeral y la patria un destierro.

*
**

Te imploro y te suplico que no te vayas lejos de mí, ¡pajarillo de mi alma, que cantas en las ramas de mis amores!

*
**

¿Qué puedo querer ni envidiar, qué puede causarme sobresalto, para qué quier la vida, si tú no estás a mi lado?

*
**

Te llevas la luz, te llevas los prados; te llevas en una de tus alas mis plegarias y en la otra mis canciones.

*
**

¿Qué diría yo a los campos para mitigar su inconsolable dolor? ¿Qué haría yo de las estrellas? ¿Qué haría yo de las flores?

*
**

¿Qué diría yo al bosque melancólico que alegrabas con tus sonrisas? ¿Qué contestaría yo a la rosa cuando me preguntara: ¿adónde está mi hermana?

*
**

Moriré; ahora huye, si te atreves. ¿Para qué vivir? ¿Cómo podría yo mirar las cosas que ella no mirará jamás?

*
**

¿Qué haría yo de mi lira, de la virtud, del destino? ¡Ay de mí! Y sin tu sonrisa, ¿qué haría yo de la mañana?

*
**

¿Para qué me servirán sin ti la luz y el cielo, mis besos sin tus labios y mis lágrimas sin tus ojos?

Agosto de 18.

XXVI

CREPÚSCULO

Agítase el estanque misterioso y parece envuelto de fúnebre sudario; en el fondo del bosque aparece la claridad; los árboles son siniestros y negros sus ramajes; ¿habéis visto a Venus atravesar la selva?

*
**

¿Habéis visto a Venus en la cumbre de las colinas? ¿Sois amantes los que pasáis juntos en las sombras? En estos momentos en los oscuros senderos re-

lucen claridades blancas, se despierta la hierba y habla a los sepulcros dormidas.

*
**

¿Qué dice la brizna de hierba y qué le responde la tumba? Amaos, los que vivís. Tenemos frío bajo los tejos. Labios, buscad las bocas. Amaos, que llega la noche; sed dichosos, mientras nosotros nos quedamos pensativos.

*
**

¡Dios quiere que se ame! Vivid; felices amantes que paseáis por debajo de los avellanos, causad envidia. Todo lo que a la tumba se llevó el amor al dejar la vida, lo llenó la plegaria.

*
**

Las muertas de hoy fueron en otro tiempo hermosas. El gusano de luz las hace brillar en la obscuridad. El viento hace estremecer entre las gavillas las briznas de hierba, y Dios hace que se estremezcan las tumbas.

*
**

La forma del techo negro indica la cabaña; se oye en las praderas el paso pesado del segador; la estrella en el cielo, como flor luminosa, se abre y hace irradiar su espléndida frescura.

*
**
¡Amaos! Este es el mes en que maduran las fresas. El ángel de la noche, soñador que flota en el viento, confunde, arrebatándolos en sus oscuras alas, las plegarias de los muertos y los besos de los vivos.

Chelles, agosto de 18...

XXVII

EL NIDO DE LA PORTADA

Anda, vete a rezar a la iglesia, pero fíjate al pasar y verás en la vieja bóveda gris una nidada de pájaros.

*
**

En los templos consagrados a la oración, suspende el vencejo su nido en la portada de la iglesia, bajo el calor de las alas de Jesucristo.

*
**

La iglesia, centelleando en la sombra, vibra conmovida al oír los tiernos píos; los pajarillos están alegres y la piedra de la fachada está negra.

*
**

Las estatuas de los santos, graves personajes colocados debajo de los píticos, se complacen con esta vecindad del cariño y de la primavera.

trarás que equivalga a nuestros besos? ¡Levanta de mi corazón el casto velo y verás qué lleno está de estrellas!

*
**

Las vírgenes y los profetas se inclinan en las ásperas torres hacia esas colmenas que hacen los pájaros para elaborar la divina miel del amor.

*
**

El pájaro se encarama sobre el ángel, el apóstol se ríe bajo el arco. ¡Buenos días, santo!—dice la mensajera.— ¡Buenos días, avecilla!—responde el santo.

*
**

Las catedrales son grandes y magníficas y brillan en la tierra bajo el cielo azul; pero el nido de las golondrinas es el edificio de Dios.

Lagny, junio de 18...

XXVIII

UNA TARDE QUE MIRABA AL CIELO

Un atardecer, ella me preguntó sonriendo:— «¿Por qué contemplas con tanto afán el día que huye y la sombra que descende, o el astro de oro que aparece en el horizonte? ¿Qué miras en las alturas? ¡Baja los ojos y mira en mi alma!

*
**

En la celeste bóveda, cuya obscuridad te complace, donde tus miradas en vano pretenden leer, ¿qué encontrarás que equivalga a mi sonrisa, qué encon-

» ¡Cuántos soles! ¡Ya ves, cuando nos amamos, se ofrece a nosotros un radiante espectáculo; la abnegación que derrama su luz sobre los obstáculos, equivale a Venus brillando sobre los montes; más que el de la bóveda azulada, es celestial el cielo de mi alma.

*
**

» Bellos son del astro eterno los resplandores, el mundo está lleno de maravillas; bella es la aurora y bellas son las rosas, ¡pero nada es tan bello como la llama del amor! La verdadera claridad, la llama más resplandeciente es la del rayo que va de un alma a otra.

*
**

» El amor vale más que los pálidos reflejos de esos astros desconocidos. Sabiendo lo que conviene al hombre, Dios puso el cielo muy lejos y a la mujer muy cerca, y dijo a los que escrutan el impenetrable azur:— «Vivid y amad; lo demás todo es sombra.»

*
**

» ¡Amemos! Dios lo quiere así. Deja de mirar a ese cielo que fríos rayos doran, que tú encontrarás en los ojos que te adoran más hermosura y más luz. Amar es ver, sentir, soñar y comprender. El espíritu superior siempre se liga con un corazón tierno.